

Un hospital del frente

Antes de presentarnos a los héroes que luchan en las trincheras, los ingleses quieren hacernos ver a los que sufren. En las intermediaciones de Boulogne, a orillas del mar, en medio de un bosque desde el cual se pueden distinguir en días claros las costas británicas, hay, no un hospital de campaña, sino una inmensa ciudad sanitaria, compuesta de centenares de barracas blancas. Es prodigioso el esfuerzo de esta raza para crear en la zona de su frente instalaciones de toda clase. Desde Amiens hasta Calais, en las llanuras picardas, ha surgido un país nuevo que hace pensar en las instalaciones campestres del Canadá. Desdeñando el amor de lo pintoresco que en las líneas francesas improvisa aldeas verdaderamente artísticas, con techos de paja y muros de ramas, los hombres de ultra Mancha se contentan con alinear inmensas cajas de madera, cubiertas de cinc ondulado, en los lugares más sanos. Y cuando alguien les habla de monotonía, contestan muy tranquilos que la estética importa poco, con tal de que el confort y la higiene triunfen. Y sí que triunfan, estas dos diosas modernas, en estos lugares trágicos.

—No hemos tenido una sola epidemia —nos asegura el capitán Roberts, al hacernos penetrar en el hospital que vamos a visitar.

Luego es el médico mayor el que nos dice que sus compañeros han logrado lo que parecía imposible, que es curar a los heridos con procedimientos al parecer rudimentarios, en menos tiempo que los doctores de los hospitales de Londres y de París.

—Aquí una pierna rota es asunto de tres semanas —exclama con orgullo.

Las piernas y los brazos, he ahí la gran preocupación del servicio sanitario. Al principio, las heridas más comunes eran las de la cabeza; pero, gracias al casco de combate, han disminuido en proporción de noventa por cien. Los brazos en cambio, los brazos y las piernas, no resulta fácil protegerlos. Así, entre las diez barracas de este establecimiento, más de la mitad están destinadas a cojos y mancos.

—Entren ustedes.

El espectáculo de la vasta sala nos sorprende. Los enfermos no están acostados en camas de campaña, sino colgados en aparatos extraños hechos de correas y de lienzo. Es el sistema más nuevo y también el más eficaz. Pero tiene un carácter tan imprevisto que produce una sensación de angustia. Con sus rostros lívidos, los heridos parecen atados en potros inquisitoriales. Cuando uno de ellos levanta el torso, todo el mecanismo que lo envuelve y lo sostiene se mueve y cruje.

—Noten ustedes —murmura el mayor— que, por mucho que agiten el cuerpo, los enfermos conservan siempre el miembro estropeado en una absoluta inmovilidad.

Un silencio de muerte reina en el recinto. Los enfermeros pasean sin hacer el menor ruido. Los médicos ejecutan sus curas sin abrir los labios. Hay angustia, hay dolor, hay lás-

tima en el aire... Sin embargo en los ojos de los que sufren no se lee sino una gran resignación y una gran voluntad de mostrarse superiores a sus padecimientos.

Antes de hacernos visitar las salas del hospital, nuestro guía nos había enseñado, con orgullo, algunas cartas escritas desde sus lechos de dolor por los heridos.

—Lean ustedes —nos decía—, lean ustedes. Esto es lo que mejor da una idea del carácter de nuestros hombres.

Y nos ponía a la vista trozos como los que copio a continuación:

Me hirió una granada en el brazo —escribe un sargento—. Murieron siete oficiales el jueves último, pero el capitán Grenfell ⁶⁵ fue salvado conmigo. ¿Qué opináis de la carga del 9.º? Por tomar parte en ella vale la pena resultar herido.

Aquí en el hospital encontré a John, con una herida mortal —dice un simple soldado—. Le pregunté si me daba algún encargo para alguien de su familia, y replicó con los ojos inundados en lágrimas: «Me escapé de casa y me alisté hace un año; mis padres ignoran que estoy aquí, pero díles que no estoy arrepentido de lo que hice». Cuando lo conté a nuestros compañeros después, lloraban como niños; pero tened presente que ese es el espíritu que anima a Inglaterra en esta lucha gigante. Supe su nombre y las señas de su familia por

⁶⁵ Francis Octavius Grenfell, capitán británico del 9.º regimiento de caballería. Fue condecorado con la Cruz de la Victoria por su valentía en la batalla de Andregnies, de 1914. A pesar de haber sido gravemente herido tras recibir dos impactos de bala, volvió al campo de batalla para resguardar la artillería del fuego enemigo. Murió en combate en 1915.

su regimiento, y ahora les escribo para decirles que pueden sentirse verdaderamente orgullosos de su muchacho.

Ningún regimiento luchó más porfiadamente que el nuestro y ninguno tiene tan buenos oficiales que pelearan al lado de sus soldados —asegura un alférez—, pero no se puede esperar que se lleven a cabo imposibles por bravos que sean nuestros muchachos cuando luchamos contra una fuerza veinte o treinta veces superior en número. Si los que aquí habéis hablado con desprecio de los oficiales ingleses hubierais visto cómo manejaban sus soldados, sin hurtar el cuerpo nunca, os avergonzaríais de vosotros mismos. Todos estamos determinados, una vez buenos, a volver con nuestros compañeros y cobrarnos lo que nos deben.

Estos acentos varoniles que hace algunos minutos, en el despacho del mayor, no tenían para nosotros sino un interés vago, anímanse ahora con un soplo de realidad palpitante. Los hombres que así sufren en aras de un ideal son estos mismos mocetones rubios que aquí están tendidos y que nos miran fríamente, serenamente. No hay uno solo de ellos que no sorprenda por la entereza de su aspecto. No hay una boca crispada. No hay una nube de lágrimas en una pupila.

El médico que nos acompaña nos dice que solo los que ya se hallan en plena convalecencia dan muestras a veces de abatimiento.

—Pero —agrega— no es por lo que han sufrido materialmente, sino por una especie de *spleen* que ataca a los más bravos.

Hay, en efecto, en esta guerra tan larga, tan monótona, una epidemia a la que los facultativos en general no le dan

importancia y que, sin embargo, la merece. En francés se llama *cafard*. ¿No habéis oído hablar de ello?

«Es un estado morboso —escribe Pierre Mille— que resulta de la exaltación continua del aburrimiento, y que llega a producir una verdadera enfermedad contagiosa». Y si esto se nota en los soldados franceses, que tienen la alegría en la sangre, y que además se hallan en su propia patria, luchando por defender sus propios hogares, figuraos lo que pasará con los ingleses, que siempre han sido propensos al dolor *spleenético*.

El médico a quien le hablo de esto sonrío, y me dice:

—Sí, sí, el *cafard...*, el *spleen...* Los coloniales sobre todo padecen de *cafard...* Hay muchos casos mentales en esta guerra. Vea usted allá, en aquel pasillo, a aquellos dos muchachos rubios que se contemplan mutuamente en silencio. Son dos infelices que han perdido la memoria de todo, y que ni siquiera saben ya sus nombres. Como son inofensivos, andan sueltos. Pero tenemos otros que es preciso vigilar. Las noches en las trincheras, los bombardeos continuos, el fastidio, las sorpresas..., todo contribuye a volver locos a los que no tienen un cerebro muy fuerte. Más tarde, lo que nos hará pensar en este tiempo con horror es el número de locos y ciegos. En Alemania, sobre todo, la locura ha hecho estragos. Entre nosotros menos. Y menos aún entre los franceses, que, con su apariencia ligera, poseen una resistencia nerviosa increíble.

El mayor se detiene un instante, observando a los dos soldados dementes. Por sus pupilas claras pasan luces de tristeza y en las comisuras de sus labios sinuosas nótase una ligera crispación.

—Los locos —murmura.

Luego, volviéndose hacia nosotros, agrega:

—El recuerdo más terrible de mi vida de campaña es el de la retirada de Bélgica, cuando tuvimos, una tarde de otoño, que evacuar nuestro hospital para llevarnos a los heridos y enfermos hacia Poperinge. A causa de la afición que he sentido siempre por los estudios del sistema nervioso, mis jefes creyeron que debían encargarme de la conducción de nuestros soldados locos... Había entre ellos algunos ingleses, algunos belgas y hasta unos cuantos alemanes prisioneros. Y como todos eran pacíficos, ni siquiera pensé en hacerme acompañar por mis robustos enfermeros, que resultaban más útiles en otros servicios. La carretera por la cual teníamos que caminar durante una hora hallábase bajo el fuego de la artillería enemiga. Después de recomendar la mayor prudencia a mis infelices enfermos, nos pusimos en marcha, y durante algunos minutos todo salió a pedir de boca. Tranquilos, silenciosos, los locos me seguían como un rebaño, sin dar mayor importancia a las bombas que estallaban en los lupulares cercanos, a cincuenta metros de nosotros. Pero de pronto una batería alemana tuvo la desastrosa ocurrencia de observar nuestro desfile y de ponernos a puntería. La primera granada que se abrió en plena carretera, a tres o cuatro metros detrás de nosotros, hizo perder su serenidad a mis soldados. Unos se echaron a reír, otros levantaron los brazos al cielo, tres o cuatro se pusieron a llorar como niños. «Apresuremos el paso», les dije. Ellos no me oyeron. Inmóviles en medio del camino, examinaban el agujero que acababa de hacer la explosión y se dirigían discursos incoherentes. Exasperado, comencé a empujarlos violentamente, con el objeto de alejarlos de aquel lugar peligroso, cuando otro proyectil cayó en medio del grupo que formábamos y mató a dos de mis dementes. Entonces, como obedeciendo a una voz misteriosa, los demás se sentaron alrededor de los cadáveres,

muy tranquilos, muy alegres, charlando con la mayor naturalidad. Mis gritos, mis amenazas, todo era en vano. Uno de ellos, un belga, me miraba con ojos irónicos, como si el loco hubiera sido yo... Y la verdad es que, en aquel instante, no sé si mi juicio me había abandonado. Mi situación no tenía nada de agradable. ¿Qué hacer? El instinto aconsejábame alejarme... El sentimiento del deber me obligaba a no moverme. Pero como el bombardeo arreciaba y como cada explosión aumentaba la alegría serena de mis enfermos, decidí, al fin, a volver hacia atrás, en busca de enfermeros. Cuando regresé, acompañado de una docena de ambulancieros, los locos seguían en el mismo sitio... Diez o doce bombas habían caído en el centro del corro, hiriendo a algunos de ellos. Uno sobre todo, con la nariz arrancada y el rostro lleno de sangre, producía una impresión espantosa. Los demás lo miraban y reían, y él también reía, muy apaciblemente...

Mientras el mayor nos refiere esta macabra historia, pronunciando cada sílaba como temeroso de no hacerse comprender bien, yo no puedo apartar la vista de los dos pobres mocetones rubicundos que continúan de pie, rígidos, escuchándose con una curiosidad de alucinados. Hermanos de armas y hermanos de desgracia, diríase que cada uno de ellos busca en el otro algo que le permita recordar su propio drama, su propio dolor, su propia pesadilla.

—Vamos.

Por las salas interminables continuamos nuestro paseo angustioso. Yo no había visto todavía un hospital militar, a pesar de que en varias ocasiones los oficiales franceses se ofrecieron para servirme de guías en las ambulancias del frente. El dolor es un espectáculo que no me atrae. Y además, el recuerdo de un día en el que el doctor Doyen

me hizo asistir a una serie de operaciones horribles me ha quedado siempre grabado como un remordimiento. ¡Aquellos rostros, Dios mío, aquellos quejidos, aquellas heridas en las carnes inertes! Para calmarme, el gran cirujano francés decíame que lo que, al parecer, era una crueldad, resultaba, en el fondo, un acto de misericordia. Pero yo he creído siempre que entre el dolor y la muerte, el menor de los males es el segundo, y que, si para salvar a un hombre es preciso hacerlo sufrir cual un mártir, tal vez fuera mejor no salvarlo. «¿Qué es eso, la vida?», pregunta Manuel Machado. La vida no es nada, en efecto. El sufrimiento, sí.

—¿Y eso?...

Por una puerta mal cerrada salen quejidos. La puerta se abre y aparece una enfermera, que lleva entre los brazos, como si fuera un niño, una pierna que chorrea sangre. Detrás de ella viene un hombre vestido de blanco cuyas manos están rojas.

—Salud, mayor.

—Salud, doctor.

Los dos médicos se sonríen, mientras del fondo de la sala continúan subiendo hacia un cielo sordo los lamentos del hombre que acaba de ser mutilado.

Y los dos médicos hablan muy tranquilos... ¿Qué es eso, una pierna, para ellos?... ¿Qué es eso, un hombre que gime?... ¿Qué es eso, la sangre?... En su sublime bondad, los cirujanos llegan a ser impasibles como dioses bárbaros. Embriagados de orgullo prometeico, no piensan sino en la virtud de sus instrumentos, que arrebatan al destino sus presas, sin reparar en lo que hay de espantoso en sus prácticas.

—La gangrena —dice el hombre vestido de blanco— comenzaba a ganar terreno...

Mis compañeros escuchan tranquilos las sabias explicaciones, mientras que yo siento que mi pobre frente se cubre de sudor frío. Lo que el cirujano dice me interesa menos que lo que padece el infeliz de quien solo he visto un miembro sangriento.

—Vámonos...

En el patio, para hacernos admirar los milagros de la ciencia, el mayor reúne a unos cuantos mutilados. A uno de ellos le faltan los dos brazos; a otro, las dos manos; los demás solo han perdido una pierna cada uno y marchan tambaleándose sobre aparatos muy perfectos.

—¡Firmes! —grita una voz.

Los infelices se yerguen, en formación militar. Sus labios palpitan. Sus ojos brillan llenos de vida y de apetitos de vida.

—¡A la derecha, marcha!

Entonces, poniéndose las muletas al hombro los que pueden caminar sin ellas, comienza un desfile grotesco y patético, en el cual estos inválidos se esfuerzan por imitar cómicamente la rigidez de las tropas alemanas, avanzando hacia nosotros y riendo...

Y yo río también como mis compañeros, con una risa llena de lágrimas.

—¡Ah, la guerra, la guerra!...



Una batalla con la Legión Extranjera

El aire tibio de esta mañana brumosa y húmeda nos acaricia suavemente las sienes. Hay algo de fantástico en la inmensa llanura cubierta de tiendas grises, sonora de músicas lejanas, pululante de cortejos extraños. Montados en potros ligeros, unos cuantos jinetes africanos pasan al galope, haciendo flotar sus albornoces rojos. En una encrucijada, un centenar de griegos rodea a un vendedor ambulante. De vez en cuando un oficial se acerca a mi compañero y le habla al oído, preguntándole, sin duda, quién es el paisano que va con él.

—No ha acabado usted de contarme sus recuerdos —digo a Sánchez Carrero.

—Si quisiera hacer el relato de todas nuestras batallas —me contesta—, no acabaría en tres días.

—Puesto que no tenemos prisa...

—Es cierto...

Y reanudando el hilo de su interesante narración, mi amigo prosigue literariamente de esta manera:

—El 24 de septiembre de 1915, víspera de la gran batalla, el coronel Cot ordenó reposo absoluto para todo el mundo, lo

cual dio lugar a que cada uno se preparase como para asistir a una fiesta nacional al siguiente día. Desde por la mañana los legionarios se apresuraron cuidadosamente a tomar todas las disposiciones de su aseo corporal, pues el legionario es limpio por excelencia y no descuida jamás su *toilette*: esta es una condición innata del verdadero soldado. Después del concierto organizado en la tarde por nuestras bandas, nuestro coronel se dirigió al campamento de cada batallón y dio lectura a la magnífica orden del día del generalísimo Joffre. El coronel, rodeado de todos sus legionarios, transmitióles, con su voz enérgica y clara, que caracteriza la bondad e inteligencia del oficial francés cuando habla a sus subordinados, aquella admirable alocución del jefe supremo, a la cual agregó algunos ejemplos de valor y de abnegación del glorioso pasado de la Legión Extranjera. Los legionarios escucharon aquellas palabras con la devoción más pura. El entusiasmo hizo brotar de nuestros ojos una lágrima. Todos los corazones latían unísonamente y un solo deseo ardía en ellos: el de la batalla y el de la victoria. Imposible olvidar aquella tarde. Los preparativos de partida se podían apreciar en los más mínimos detalles que se toman al emprender un viaje largo, muy largo, eterno para muchos... Antes de la cena cada capitán reunió su compañía y la arengó paternalmente, dándole prudentes consejos sobre las diferentes maneras de conducirse en el ataque de trincheras, combate que cambia cada día de forma y de táctica. Yo no quería perder ningún detalle, porque todos me interesaban a cual más. Asistí a la enérgica y patriótica conferencia que el impetuoso capitán Dubech hizo a nuestra compañía. Su discurso fue acogido con las más vivas demostraciones de simpatía por parte de sus subordinados, que se sentían orgullosos de admirar en su capitán las cualidades del jefe y la modestia del soldado.

»El sol aquella tarde se acostó como un rey en la púrpura y el oro; su descenso en el ocaso fue parecido a una apoteosis, y cuando hubo desaparecido, una brisa dulce se deslizó sobre la llanura. En el bosque la canción del follaje vibró más armoniosa. Embriagados por la esperanza del triunfo, nuestros legionarios respiraban con delicia la fresca vespertina. La noche llegó al fin, lentamente. Una gran fresca descendía del cielo. Una orden del *major* del campamento impuso silencio en todas las tiendas del bosque. Todo el mundo debía acostarse para dormir hasta la hora de partida. El bombardeo era cada vez más intenso, pues las baterías francesas rivalizaban en la rapidez del tiro para obtener mejor resultado en la destrucción de las fortificaciones enemigas.

»A medianoche, hora fijada para el *réveil* ⁶⁶ todo el mundo se puso de pie. Las cocinas rondantes de las compañías distribuyeron enseguida la sopa y el café, que los legionarios devoraron con el mejor apetito antes de emprender la marcha. Media hora más tarde se veían en la sombra las masas densas de los batallones formados en columnas dobles a lo largo de la orilla del bosque. Los cabos y sargentos pasaban, en voz baja, una última revista a sus escuadras, mientras los oficiales se aseguraban del orden de sus secciones. ¡Todo estaba en orden! Un silencio absoluto reinaba en las filas. Las brasas de las pipas y de los cigarrillos brillaban como luciérnagas, saltando entre la oscuridad. A las doce y veinticinco la columna se puso en movimiento, deslizándose en pequeños grupos por el sendero de la gran llanura que debía conducirnos a las trincheras. El camino no era sino de seis

⁶⁶ 'Despertar'.

kilómetros, más o menos, pero la oscuridad de la noche y las dificultades del avance hacían muy lenta y fatigosa la marcha. Al fin llegamos a la entrada de los grandes *boyaux*, vías de comunicación preparadas con anticipación para la circulación de los regimientos y del aprovisionamiento. La entrada de los *boyaux* comenzaba a lo largo de un bosque de pinos. La marcha en los *boyaux* se hizo más lenta. A medida que avanzábamos, el estruendo del 75 francés hería nuestros oídos y nos producía la impresión de una banda de demonios lanzando horribles alaridos y enviando a nuestros enemigos ráfagas infernales. Si interiormente los oficiales estábamos preocupados, los soldados estaban muy tranquilos, y sus chistes y reflexiones tenían el acento de los días más apacibles. La luz de los fuegos artificiales iluminaba de vez en cuando nuestro camino. Los obuses de los alemanes pasaban sobre nuestras cabezas, rozando los pinos, cuyas ramas, destrozadas por las explosiones, se desprendían de sus troncos mutilados y regaban con sus hojas verdes el camino que nos conducía hacia la lucha y hacia la victoria. Al alba, la cabeza de la columna había llegado ya al puesto que debíamos ocupar. ¡Qué espectáculo tan hermoso se presentaba a nuestra vista! ¡No hay nada más imponente y más maravilloso! El bombardeo, como la hora del ataque se aproximaba, era cada vez más violento. Los grandes obuses franceses sacudían la tierra desesperadamente; sus formidables explosiones sobre las líneas enemigas levantaban inmensas pirámides negruzcas, cargadas de fuego y de restos humanos. Los legionarios admiraban aquel cuadro con la mayor tranquilidad del mundo, sin preocuparse de la tragedia que iba a comenzar, y de la cual ellos eran los principales actores.

»A las ocho y media fuimos prevenidos de que la hora del asalto estaba fijada por el general para las nueve y cuarto. Las últimas disposiciones llenaron de regocijo a los legionarios, que ardían en deseos de desplegarse en batalla fuera de las trincheras. La emoción crecía por instantes en las líneas, y cada cual miraba con insistencia su reloj. De repente nuestros cañones se callaron, y aquel silencio brusco nos pareció espantoso ¡La hora había llegado y la tempestad se desencadenaba! ¡El gran choque comenzaba! ¡Qué música tan rara y tan hermosa la de aquellos instrumentos de guerra!

»El huracán más furioso desencadenose. “¡Adelante!”. Y como una ola, nuestras tropas lanzáronse a la conquista de las posiciones enemigas. Los que no habían nunca visto el fuego gritaban nerviosos: “¡Viva Francia! ¡Muera Alemania!”. Los que ya conocían esos trances trágicos avanzaban tranquilos por las faldas de la colina que se trataba de conquistar. Al fin llegamos a las trincheras enemigas, y en una lucha cuerpo a cuerpo, en una pelea feroz e implacable, desalojamos a los *boches*, que las creían invulnerables: de tal modo las tenían fortificadas. Los gritos de victoria comenzaron a sonar, y su eco, que se transmitía en las filas, llegaba pronto hasta las tropas francesas. Capturamos ametralladoras y prisioneros. Los vivas frenéticos aumentaban. Aquella emoción infinita hizo brotar en nuestros ojos algunas lágrimas. Nuestros corazones palpitaban llenos de alegría. Desde que la primera ola salió, el movimiento fue uniforme. Todo el resto de la Legión avanzaba a medida que las primeras olas progresaban. De pronto la artillería enemiga comenzó a sumergirnos bajo un torrente de proyectiles. Los gritos desgarradores repercutieron en la trinchera y *boyaux* de acceso. Los brazos arrancados volaron ante nuestros ojos. Las cabezas rodaron a nuestros

pies. Hombres con el cuerpo abierto, desesperados, espantados o pasmados; sus vestidos hechos jirones sangrientos... ¡Espectáculo terrible! ¡Visión de espanto! Pero esa horrible escena, lejos de desmoralizar a nuestros legionarios, aumentó su coraje e hizo nacer en sus corazones, en aquel momento trágico, el deseo de vengar a sus compañeros. Un capitán, cuyo nombre es muy popular en el regimiento por sus hechos heroicos y su indomable energía, se encontraba a la cabeza de su compañía en el ala derecha de la paralela. Sin esperar órdenes, mandó a su compañía que pusiera bayoneta al fusil, e hizo un gesto para que se aprestase. Todos los oficiales de la izquierda, guiados por el mismo pensamiento, imitaron aquel gesto, que enseguida comunicaron a sus hombres, gritándoles: "Allons pour la France! En avant la Legion!"⁶⁷. Los legionarios lanzaron un grito frenético y saltaron el parapeto y se lanzaron furiosamente, siguiendo a sus jefes, sobre las segundas trincheras alemanas. En estos momentos el telón de las ametralladoras enemigas, escondidas en los abrigos blindados, se levantó completamente; las explosiones de los *shrapnels*⁶⁸ se multiplicaron para cerrarnos el paso. Los alambrados estaban como pulverizados, gracias a nuestra preparación de artillería, y dimos un salto magnífico, atravesando los sesenta u ochenta metros que nos separaban de la trinchera *boche*. En varios puntos los alemanes, llenos de terror, habían dejado pasar, ocultos en sus cuevas, a las dos primeras olas, cuya misión consistía en avanzar sin ocuparse de las de-

⁶⁷ '¡Adelante, por Francia! ¡Que avance la Legión!'

⁶⁸ Proyectil de activación retardada compuesto de carga explosiva y de metralla formada por multitud de balines; al estallar producía una lluvia de balas de gran poder letal.

fensas subterráneas, de modo que, cuando los legionarios llegaron, una lucha cuerpo a cuerpo se entabló en las entradas de las cuevas y de los *boyaux* de acceso. Solo quedaba en pie un puñado de los nuestros, cuyo jefe, un teniente, yacía por tierra gravemente herido, pero pudiendo todavía desde allí animar a sus valientes soldados y dirigirlos en aquella lucha épica. Aquel rincón fortificado de la trinchera fue conquistado completamente; ciento treinta prisioneros fueron reunidos sobre el terreno por seis legionarios vencedores. Luchando así, la Legión pasó aquel primer día de batalla de trinchera en trinchera. Hechos como este se repitieron durante todo el día 25, y luego, en los siguientes días, se multiplicaron con grandes sacrificios, pero con más gloria. ¡Oh, cuántos héroes hay aquí que viven ocultos en la sombra! Los actos de heroísmo, de bravura ejemplar y de abnegación infinita que nadie conoce nunca son los más numerosos en esta guerra. Solo el que pelea entre ellos sabe distinguir sus magníficos resplandores de heroísmo. En el momento de nuestra progresión, en la mañana del 25, un cabo, avanzando al lado de su sargento, cayó herido de muerte al llegar al parapeto de la trinchera enemiga. Como había algunos alambrados que nos impedían el paso, el sargento creyó que su camarada había quedado ahí enredado, y se detuvo un instante para levantarlo; pero el cabo, moribundo, le dijo: “Es inútil, mi sargento; déjeme y avance usted: yo muero feliz por Francia”. Y exhalando un suspiro, gritó a sus compañeros que pasaban: “¡Adelante, hermanos, adelante!”. Otro de los nuestros fue enterrado por un obús al saltar el parapeto. Imposible desenterrarlo; sus camaradas continuaban avanzando. Habían andado algunos pasos cuando un segundo obús cayó en el mismo punto que el precedente y, revolviendo la tierra, sacó fuera de su tumba

al pobre *peludo*, que, levantándose medio aturdido, se lanzó al encuentro de sus camaradas, gritando: “¡Adelante! *Nous les avons, vive la France!*”⁶⁹. Al valor del legionario hay que agregar su tenacidad y su energía. Los que tenemos ocasión de admirarlos de cerca nos quedamos no menos sorprendidos de ver que muchos rechazan el derecho de dejar el campo de batalla cuando están heridos y, chorreando sangre, continúan la lucha con más ardor. Así combatió la Legión durante aquellos días de batalla, soportando multitud de privaciones y todos los rigores de la guerra de trincheras.

El teniente Sánchez Carrero me ha hecho este relato, que reproduzco sin cambiarle una palabra, con una objetividad, casi puede decirse con una indiferencia tal, que si yo no supiera la parte que él tomó en las batallas de la Legión, me figuraría que me repite lo que ha leído en algún libro.

—¿Y usted? —le pregunto sonriendo—. ¿Dónde estaba durante aquella lucha?

Sonriendo también, me contesta:

—A la cabeza de mis hombres, como todos los oficiales.

Luego, para evitar que le obligue a hablar de sus propias proezas, exclama:

—¡Eh! No olvide usted que nos espera el general para almorzar. Apresuremos el paso...

⁶⁹ ‘¡Ya los tenemos, viva Francia!’.

Tipos misteriosos en nuestras filas

Escuchando el relato de la batalla hecho por uno de los héroes que más se distinguieron en ella, nos hemos olvidado de llenar de nuevo nuestras copas, y las botellas continúan sobre la larga tabla blanca aún medio llenas. El cura es el que primero lo nota, y al oído me dice:

—¿Un trago por el teniente?

—Por todos los legionarios —le contesto.

Durante algunos instantes los vivas llenan el espacio, y en el patio la guitarra nos contesta tratando de tocar *La marselesa*. Luego, cuando ya no queda nada que beber, nada que comer, Sánchez Carrero me pregunta:

—¿No le aburro a usted con mis recuerdos?

Antes de que yo haya tenido tiempo de decir una palabra, veinte bocas enérgicas le piden que continúe.

—Yo le aseguro con sinceridad que hasta hoy ninguno de los relatos de la batalla que he oído me ha producido una impresión tan fuerte, tan exacta, tan viviente como el suyo.

El cura se pone de pie y, exaltado por el vino, exaltado por los recuerdos, con los ojos muy abiertos exclama:

—¡Vivan todos los jefes que nos han llevado a la batalla, los de ayer y los de hoy!

—¡Vivan! —contestan los legionarios con entusiasmo sincero.

El cura, haciendo un amplio ademán de bendición, exclama:

—*Laudate dominium omnes gentes, laudate eum omnes populi*⁷⁰.

Para obligarlo a callar, un mallorquín travieso le mete en la boca el corcho de una de las botellas. Y ante la ira súbita del buen clérigo guerrero, que jura y blasfema, todos ríen como niños, todos lanzan al aire fraternal alguna broma, todos se muestran gozosos.

El teniente Sánchez Carrero me dice al oído:

—Este no ha sido nunca sacerdote... No tiene ni la edad ni las maneras. Si acaso será un seminarista escapado. ¡Hay tantos tipos misteriosos en nuestras filas!

Y evocando sus recuerdos, me refiere una anécdota curiosa de su Babel:

—Al principio de la campaña —me dice—, el coronel me ordenó un día que fuera a recibir a un grupo de voluntarios que venían de Londres para alistarse a la Legión. Llegué a Dieppe por la mañana y en el acto me fui al muelle a esperar el barco de Newhaven, que no tardó en llegar. Los voluntarios estaban en el *fumoir*⁷¹ muy tranquilos, esperando que yo fuera a buscarlos en compañía de un teniente de gendarmaría. Eran unos veinte, todos jóvenes, todos fuertes, todos distinguidos de aspecto. Había entre ellos doce irlandeses, que

⁷⁰ 'Alabad al Señor todas las gentes, alabadlo todos los pueblos'.

⁷¹ 'Fumadero'.

preferían ser soldados franceses a servir en las filas inglesas. Había un banquero griego, un diplomático búlgaro, un estudiante brasileño, un médico yanqui, un príncipe ruso... cada uno de ellos me daba su tarjeta y yo inscribía los nombres en un cuaderno para comunicarlos a la Comandancia del puerto. Al fin apareció un ser extraño, una especie de personaje de Oscar Wilde, muy pálido, muy fino, muy inglés pura raza. Iba vestido de frac, con una corbata blanca inmaculada, con una orquídea fresca en la solapa. Tranquilamente sacó de su faldriquera un soberbio estuche de oro incrustado de esmeraldas, en el cual había unas cuantas tarjetas, y me dio una. Era un cartoncito blanco, sin nombre ninguno. Yo creía que se había equivocado y se lo devolví. Él me dijo entonces en perfecto francés:

—No tengo nombre.

—Escoja usted mismo uno cualquiera —le contesté.

Uno de los irlandeses exclamó, riendo:

—Es Lord Misterio.

—No —interrumpió el extraño *gentleman*—, ponga usted Lord Difunto.

Así lo inscribí. En la primera batalla aquel hombre, que no pronunció nunca más una palabra, se hizo matar con una frialdad increíble. En sus bolsillos no encontramos sino papeles blancos.

El mallorquín ríe como un niño al oír esta anécdota macabra. Luego, guiñando los ojos, pregunta:

—¿Y el estuche de oro y de esmeraldas?

—Lo había tirado al mar antes de desembarcar —responde el teniente.

—¡Qué tipo! —exclaman varias voces.

Después de un momento de silencio, el cura me dice:

—¿Ha oído usted hablar de la aventura de Navarro, otro paisano mío?

—No.

—Pues verá usted, los periódicos la han publicado: es una historia que parece un cuento. Una noche de invierno, en las inmediaciones de Reims, Navarro es hecho prisionero por los alemanes, que se lo llevan a un *Blockhaus* de sus trincheras. Hace un frío de todos los demonios, y los *boches*, compadecidos del pobre español, que tiritaba, le echan un capote gris para que se tape y se tumban en el suelo. A las cinco de la mañana nuestro paisano, oyendo los ronquidos de los durmientes, juzga llegada la ocasión de la fuga, y con cuidados infinitos, envuelto en el capote gris y completando su disfraz con un casco, se desliza por la trinchera. «Wer da!»⁷², le grita un centinela. «¡Ja, ja!», le responde el sutil español, lo más guturalmente posible. Se echa a un lado y cae en otro centinela que le da el alto. El legionario corre a cuatro pies y se entra por las alambradas punzantes, que lo raspan como las uñas de una fiera. Así llega a una tela metálica guarnecida con campanillas destinadas a prevenir a los alemanes en caso de ataque. Abandonando capote y casco, escala la red: suenan las campanillas e inmediatamente los fusiles crepitan. Descargas alemanas y descargas francesas, y por medio de ellas el legionario avanza hacia las trincheras nuestras, adonde llega sin un rasguño...

—Si nos ponemos a contar historias —exclama un catalán, tenemos para un año.

—Tanto más —murmura mi guía riendo— cuanto que la hora de marcharnos se acerca... Reverendo, danos la bendición.

⁷² '¡Quién anda ahí!'.

—Un momento, mi teniente; un momento... La historia que voy a contar es de las que merecen ser contadas. ¡Y es tan corta...! ¿Se acuerdan ustedes del voluntario Fernández, un gran diablo, seco, nervioso, calvo, que llevaba siempre en un bolsillo un ejemplar del *Quijote* y en el otro una botella de anís? Parecía rico y era muy ilustrado. Había sido redactor de *El Norte de Castilla* y hablaba con orgullo de su amigo Santiago Alba⁷³. Cuando estaba triste escribía versos, y por la noche nos los vociferaba, asegurándonos que solo su paisano Zorrilla era más poeta que él. En los primeros combates, peleando como un caballero andante, ganó muchos días de castigo por no querer obedecer cuando los oficiales le ordenaban que se echara boca abajo. «Yo he venido a pelear de un modo hidalgo —decía—, y los hidalgos pelean de pie». También ganó la Cruz de Guerra y tres palmas. Pero yo no sé si fue el *Quijote*, o si fue el anís, o si fue la poesía, lo cierto es que un día comenzó a dar muestras de locura. El médico lo examinó y, al fin, tuvo que ordenar que lo internaran en un manicomio. Pasaron seis meses, y una noche, en una posada, me encontré entre los polacos a un tipo que se parecía mucho a Fernández. Al verme se puso pálido. Luego me llamó aparte y me hizo jurar que no lo delataría si contaba su historia. El buen castellano se había escapado de la casa de locos, se había dejado crecer la barba, se había puesto una peluca rubia y se había alistado con un nombre polaco en la Legión. «¿Por qué polaco?», le pregunté. «En primer lugar —me dijo— porque yo hablo polaco y, además, porque como todos los polacos son

⁷³ Santiago Alba, abogado, periodista y político español, ministro durante el reinado de Alfonso XIII.

un poco locos, no se notará entre ellos mi espíritu exaltado». Poco después, en la toma de Belloy, cayó muerto, gritando: «¡Viva Santiago!». Yo no sé si el apóstol Santiago o Santiago Alba.

Esta historia tan enternecedora, tan española, tan digna de los aventureros de antaño, hace reír a los voluntarios.